

ALFAGUARA

Michele Serra

Los cansados

Traducción de Carlos Gumpert

FRAGMENTOS DE LA NOVELA

AVANCE EDITORIAL

A la venta el 7 de mayo

2.

Aproximadamente a mediados de este siglo, según todas las previsiones, la clase dominante, en Occidente, serán los viejos. A menos que se produzcan triunfantes invasiones de pueblos pobres (pobres y jóvenes serán, de hecho lo son ya, definitivamente sinónimos), las personas de setenta y cinco años en adelante constituirán más de la mitad de la población. Lo repito y lo recalco: más de la mitad de la población. Miles de millones de dentaduras postizas marcarán el compás del tiempo restante, miles de millones de pañales absorberán las últimas aguas de cuerpos desecados. Una humanidad exhausta y vallada intentará prolongar más allá de todo límite lógico su propio poder. Tengo ciertas probabilidades de formar parte de ella, si mantengo en orden mis arterias, dejo de beber y de fumar, evito los quesos. Pero ¿podré practicar taichí en un parque, junto a otros cadáveres animados como yo, sin que un francotirador del Frente de Liberación de la Juventud, apostado en una azotea, me dispare en plena frente poniendo fin, con un único y certero disparo, a mis penas y, sobre todo, a las tuyas?

Esta espectacular página bélica, aquí apenas aludida, es solo uno de los muchos apasionantes episodios de la Gran Guerra Final, la que tendrá lugar entre Viejos y Jóvenes, que da título a una novela grandiosa y definitiva en la que llevo trabajando bastante tiempo: *La Gran Guerra Final*. Un par de volúmenes, por lo menos. De amplitud tolstoiana, como mínimo. Naturalmente, su versión final requiere una madurez expresiva inalcanzable a mi edad. La escribiré entre los noventa y los noventa y cinco años, atrincherado en un complejo turístico fortificado junto a otros acaudalados moribundos como yo, defendido *manu militari* por mercenarios asiáticos y africanos muy jóvenes, pagados generosamente para disparar contra sus coetáneos y proteger nuestras obscenas agonías. Por el momento, tomo notas, esbozo unos cuantos capítulos, trabajo en los personajes. Algún día, si quieres, te dejaré leer algo.

No sé aún si haré que ganen los Viejos o los Jóvenes. Cada uno de los dos desenlaces tiene sus pros y sus contras, desde un punto de vista narrativo, digo, porque desde el biológico no cabe la menor duda: o ganan los Jóvenes o la humanidad, con toda su gloriosa estela de vestigios, se va a tomar por culo. Es posible por otra parte, de lo más posible, que un autor de noventa y cinco años (esa

será mi edad cuando se publique, con resonancia mundial, *La Gran Guerra Final*) se decante exasperadamente por la supervivencia de los Viejos, pero sea lo bastante hipócrita como para disimularlo, entre otras cosas para no herir el sentido ético de los lectores y sobre todo de las lectoras, muy encariñadas por definición, ya se sabe, con la idea de la prolongación de la especie.

He determinado que el héroe del libro debe ser capaz de reunir en una síntesis la clarividencia superior de los Viejos —es decir, del propio autor— y las razones de esa confusa pero en el fondo lícita perspectiva que llamamos «el futuro de la humanidad».

El héroe del libro, en suma, solo puede ser un traidor. Se llama Brenno Alzheimer (el nombre es provisional, me temo que resulta demasiado caricaturesco: *La Gran Guerra Final*, que quede bien claro, será un fresco histórico de intenso trazo dramático), es uno de los líderes de los Viejos, un intelectual decrepito y muy respetado. Simpatiza con el enemigo, y conspira en el mayor de los secretos para el triunfo de la Juventud, hasta inmolarse por la causa. Descubierta, es sentenciado al paredón, pero se las arregla para morir antes del fusilamiento, al suspender su tratamiento contra la hipertensión.

Por supuesto, Brenno Alzheimer soy yo.

4.

Duermes. En la más clásica de tus posiciones, en el sofá, en ropa interior, delante de la televisión encendida. La apago. En la habitación por fin silenciosa flota la luz suave de una tarde otoñal. Tu perfil, ya en puertas de la edad adulta, me resulta titubeante, como si el niño que has sido lo reclamara aún para sí. La arrepanchigada postura de tu cuerpo pierde evidencia en comparación con tu rostro intacto, con tus rasgos limpios. Tu respiración es ligera, tu frente despejada, tus párpados lisos e íntegros como un libro nunca abierto. Tengo la nítida sensación de que este —este exactamente— es el último instante de tu infancia. Se esfumará para resurgir después cada vez más raramente, en el curso de los años, ese resplandor infantil que incluso en los viejos revela de vez en cuando las huellas de los inicios. Pero en este momento tu rostro adormecido tiene una pureza de rasgos tal que parece que nunca podrá ser igualada y que, por lo tanto, es definitiva: contiene su despedida de los (escasos) años de la inocencia.

Pienso en lo fácil que ha sido quererte de niño. En lo difícil que es seguir haciéndolo ahora que nuestras estaturas se han emparejado, tu voz se asemeja a la

mía y reclama por tanto el mismo tono y volumen, las dimensiones de los cuerpos son las mismas.

El amor natural que se siente por los hijos de niños no es un mérito. No requiere habilidades que no sean instintivas. Incluso un idiota o un cínico es capaz de ello. La perra primípara es completamente inexperta, pero abre con los dientes la bolsa de la placenta, lamien-do la nariz de sus cachorros para ayudarles a respirar, deja que resbalen sobre su vientre y se abandona al chu-peteo frenético de seis, ocho ladrones de vida. Es años más tarde, cuando tu hijo (el ángel inepto que te hacía sentir como un dios porque lo alimentabas y lo prote-gías; y a ti te gustaba creerte poderoso y bueno) se trans-forma en un semejante tuyo, en un hombre, en una mu-jer, en definitiva, en alguien como tú, cuando quererlo exige las virtudes que cuentan. La paciencia, la fortaleza de ánimo, la autoridad, la severidad, la generosidad, la ejemplaridad..., demasiadas, demasiadas virtudes para quien, mientras tanto, trata de seguir viviendo.

«Quien, mientras tanto, trata de seguir viviendo», he aquí una honesta definición del promedio de los padres, dicen los de mi generación, pero con más ple-nitud, y con muchos menos pesares que nosotros, también los que nos han precedido. Con la fundada sospecha —casi una certeza— de que las generacio-nes anteriores, en lo que respecta al arte de no dejar-se abrumar por sus hijos, estaban mucho mejor equi-padas que la nuestra. [...]

Deberías venirte conmigo al Paso de Nasca. No tienes ni idea de lo mucho que te gustaría. No tienes ni idea de lo bien que te sentaría. Son seis horas de caminata: no demasiadas, tampoco pocas. Se duerme en el pequeño albergue que da al torrente, se despierta uno a las cinco, se toma un café, se prepara la mochila. Se sube, se sube, se sube a lo largo del sendero que asciende por el bosque de alerces. A la primera luz del día le cuesta filtrarse a través de las ramas tupidas y apenas basta para ver dónde metes los pies. Se suda y se está en silencio. El aliento se encabrita, se vuelve irregular, después, poco a poco, recupera su medida. Se llega al lago, nos detenemos a desayunar bajo el primer sol de la mañana.

Después otra vez a subir, a subir, a subir por encima de los dos mil metros, por el interminable pedregal, entre las marmotas que silban y huyen. De nuevo se suda y se está en silencio. Se llega a la cresta, se recorre su dorso que es un rosario de altibajos, frente a la cima del Cuerno Bajo nos desviamos a la derecha. Hay que permanecer en lo más alto del desfiladero, teniendo cuidado para no

perder cota. Ganamos, sudando y callando, la ladera opuesta de la montaña, se toma por una segunda cresta que se eleva hasta un estrecho horcajo entre dos picos agudos de pizarra. Ese es el Paso de Nasca. Dos mil setecientos metros. No hay nada más que pizarra y el cielo. Es el lugar más hermoso del mundo. La primera vez que subí tenía once años. Me llevó mi padre.

7.

[...] Hasta que Stefano, el vecino de Carla y Gil-
do, el mayor del grupo, dijo aquellas palabras pre-
cisas e inexorables —tan inexorables que aún las
recuerdo—; recuerdo su sosegado tono de voz, el
silencio que siguió a la frase, la conversación que
continuó luego, cambiando bruscamente de tema:

—Desde luego, hasta ahora no se había visto
nunca un mundo en el que los viejos trabajan y los
jóvenes duermen.

Hasta ahora no se había visto nunca. Le estuve
dando muchas vueltas en los días sucesivos. Lo
que dijo Stefano no fue que estuviera bien o mal, que
fuera moral o inmoral. Dijo que *no se había visto
nunca*, y creo que es perfectamente cierto. Pode-
mos pensar de ti, de Pedro, de vuestro sueño diur-
no en un día especial para todos, lo que queramos,
que es la más imperdonable de las faltas, o bien
que se trata del signo de una nueva y genial mane-
ra de vivir. Pero de lo que no cabe la menor duda
es de que «un mundo en el que los viejos trabajan
y los jóvenes duermen» no se ha visto nunca; y que
ese sueño obstinado, preliminar, completamente

independiente de cuanto os rodea, por si fuera poco pagado por el trabajo de los demás (el trabajo *de los viejos*), es algo inédito. Algo nunca visto. Un mecanismo desconocido que cambia y complica los engranajes de la máquina del tiempo. [...]

Si te vienes conmigo al Paso de Nasca, te pago. Tanto por kilómetro, o tanto por cada hora de caminata, ya nos pondremos de acuerdo, ese no es el problema. ¿Cuánto dinero querrías, euro arriba, euro abajo, para venirte conmigo al Paso de Nasca? ¿Dinero en efectivo? ¿Un cheque? ¿Una transferencia?

9.

Hace poco me para por la calle un fulano. De unos treinta años, achaparrado, musculoso, de pelo corto oxigenado, bronceado con rayos UVA, camiseta negra sin mangas y vaqueros pegados a la piel. Debe de haber aparcado en una esquina hace un momento una de esas motocicletas americanas que tienen el asiento casi al nivel del suelo y hacen el mismo ruido que un barco pesquero.

—Usted no me conoce —dice—, pero yo le conozco a usted. Soy el tatuador de su hijo.

—Buenos días —le digo, y por suerte alguien inventó el saludo, que en su sosegadora vaguedad nos consiente ganar tiempo, recuperarnos de la sorpresa, organizar una eventual defensa. Las convenciones sociales, a través de siglos y generaciones, han ido estableciendo más o menos cómo se relaciona uno con el ginecólogo de su esposa, la pedicura de su madre, la peluquera de su hermana; pero aún no con el tatuador de su hijo.

Le correspondería a él, ahora, retomar la palabra, pero no lo hace. Se me queda mirando con una sonrisa incómoda, tal vez incluso con cierta turbación. Su titubeo, en total contraste con su complexión

taurina, tiene algo de femenino, casi virginal. Me queda tiempo para intuir que, de no estar tan broncado, se le vería el sonrojo en la mandíbula.

Lo observo mejor, noto un pendiente de coral, la gruesa cadena de oro al cuello. Y dos ojos pequeños, azules, resplandecientes, que son los indiscutibles protagonistas de su rostro, incluso de toda su persona, y ocupan culebreando nuestro breve silencio. Es con sus ojos con los que me doy cuenta de que he de lidiar.

—Mi hijo es un adulto y toma sus propias decisiones —le digo, apuntando a una disolución burocrática de nuestro encuentro, como si se tratara de justificar entre los dos el dragón (más bien feíllo) que apareció hace un par de meses en el antebrazo izquierdo de un adolescente de dieciocho años.

Aparentemente sorprendido, quizá decepcionado, clava su mirada diáfana en el suelo como para ocultar contrariedad, aunque yo tampoco me siento bien por lo que acabo de decir, el equivalente a «no es asunto mío, sino de mi hijo y tuyo, no quiero tener nada que ver con esta deplorable estupidez».

Levanta la mirada, me dirige una sonrisa abierta que interpreto como un generoso intento, perfectamente conseguido, de librarme de la vergüenza de acabar de decir algo mezquino, formal, que no esté a la altura.

—Usted debería hablar más con su hijo —dice en un suspiro. [...]

Por fin se ha descifrado la antiquísima Estela de Hutta, hallada entre las piedras y líquenes del remotísimo Valle de Haux. De siete mil años de antigüedad, contiene una profecía. Dice textualmente: «Dentro de siete mil años, la humanidad será condenada y se arriesgará seriamente a desaparecer por entero, hombres, mujeres y niños. A menos que un joven héroe y su anciano padre suban juntos al Paso de Nasca».

11.

Te he preguntado:

—¿Cómo es que estás tan moreno?

Tú me has dicho:

—He estado en el tejado del colegio tomando el sol.

Estaba a punto de decirte que está prohibido. Que es peligroso.

Afortunadamente no te lo he dicho. Me ha contenido la duda de oponer a tu insólito acto un juicio demasiado habitual. Es más, me ha contenido la sorpresa. Me he quedado en silencio. Tú te has levantado de la mesa y te has marchado.

He ido a tu habitación. Te he preguntado:

—Pero ¿estabas solo o con otros amigos tuyos?

Tú me has dicho:

—Solo. Cuando no tengo ganas de quedarme en clase y el tiempo es bueno, subo a menudo a la azotea para fumar un piti y mirar las nubes.

Solo, tomando el sol en el tejado del colegio. Me encanta. Aunque fuera una mentira —una de las muchas que me dices— me encanta. No es que cuente mucho, para ti, el hecho de que me guste o

no me guste. Peor aún, si me gusta, el riesgo es que deje de gustarte. De modo que me guardo bien de comunicar aprobación por ese extravagante interludio tuyo. Pero lo retengo en mis pensamientos, conservo la imagen. No solo porque es un raro hallazgo de tu vida misteriosa, sino porque es un indicio interior. Habla de una vocación por la soledad y el silencio.

13.

[...] En términos técnicos, soy el típico relativista ético. La definición circula desde hace algunos años, con acepción más o menos peyorativa en función de lo mucho o poco convencido que se encuentre quien la utiliza de estar en posesión de verdades absolutas. Me parece apropiada. Señala esa amplia porción de adultos occidentales que, a excepción de una reducidísima serie de preceptos atemporales y sin copyright (del tipo no matar y no robar), son incapaces de considerar indiscutible ningún planteamiento ético, especialmente en la vida privada. De ahí una difusa incapacidad para pronunciar ciertos Noes y ciertos Síes, de esos bien atronadores, bien rotundos, con esa mezcla de credulidad y de arrogancia que ayuda, y bastante, a creer en lo que se dice.

Soy el tutor undívago de un orden empírico, hecho y rehecho después día a día, no escrito en ningún Libro, no grabado en ninguna Tabla.

14.

Querida Scilla:

Cuando leas esta carta, es casi seguro que la guerra habrá terminado y yo estaré muerto. Lo sé porque los dos acontecimientos —mi final y el de la guerra— me parecen coincidentes. Siempre he sido muy presuntuoso.

Quería decirte que tenías razón en un montón de cosas, incluso aunque no me acuerde de todas ellas. Tú sabes cuáles, y lo importante es que las sepas tú, dado que yo no tardaré en irme y te tocará a ti caminar por el mundo en mi lugar. Me parece que la última vez que nos vimos fue en Marsella. Estabas con tu madre. Te pareces mucho a ella. Me gustaría que te parecieras un poco también a mí, pero me doy cuenta de que a medida que las generaciones se suceden la marca de cada uno de nosotros va disolviéndose, como una gota que se diluye hasta desaparecer. Esta horrible guerra ha estallado principalmente por culpa nuestra: nunca hemos aceptado que tendremos que desaparecer, y cuando te toque a ti —mucho antes de lo que crees— ya verás que no es fácil de aceptar. Si puedo darte un consejo, empieza desde hoy mismo a entrenarte. Yo empleo, desde hace años, un

sistema muy sencillo. Me pongo delante de un espejo, doy un buen repaso a mi fisonomía y luego me echo hacia un lado, tan rápido como sea posible, mientras sigo mirando el espejo. Puede parecer absurdo y quizá lo sea, pero también en mi ausencia el espejo sigue reflejando, impertérrito, la luz del mundo: los azulejos del baño, la balda con la radio y la brocha de afeitarse, un trozo de ventana y dentro de la ventana las ramas de los plátanos y algunos pajarillos que van y que vienen. No tienes ni idea de lo mucho que me tranquiliza ver que los pajarillos ni siquiera se dan cuenta de que he desaparecido. No me tienen en la menor consideración, los pajarillos. Entre morir bien y morir mal, aparte de las causas técnicas del acontecimiento, la única diferencia real es sentirse feliz de que las aves sigan ahí, incluso cuando tú ya no estés, o lamentarse y envidiar la vida a los vivos.

En cuanto a vosotros, y a ti en particular: me dio mucha pena saberte involucrada en este pozo negro de la guerra. Son cosas de hombres, cosas graves, de industria pesada, y como dice el poeta, «en vuestros tobillos tintinean los eslabones finos del amor». No tienes ni idea de lo mucho que me han gustado las mujeres. Mucho más que los hombres.

Pasa esta página para siempre, camina por las playas, charla y ríe con tus amigos comiendo bouillabaisse y cuando el vino blanco te haya cansado, pasa tranquilamente a un tinto ligero. Y si tienes oportu-

nidad de hacerlo, trae un niño al mundo, o mejor un par, es un tremendo grano en el culo, pero es también nuestro deber de gratitud a la vida, que es nuestra única dueña. Y otra cosa, mejor dicho, dos. Una más importante y otra menos. La importante ya se me ha olvidado. La menos: asegúrate de que alguien cuide, un poco por lo menos, los tiestos de verdolagas de mi casa en la playa, y riégalas de vez en cuando.

Tu bisabuelo Brenno

La carta fue entregada a la cajera de un estanco de Madrid por el teniente Asio Silver, fiel a la orden recibida. Fue colocada en un cajón en espera de poder ser entregada a su destinataria, combatiente clandestina. [...]

[...] El amanecer era fresco, con el cielo en pugna entre las últimas estrellas y la luz de la aurora, el día prometía ser radiante. Tras echarnos las mochilas a hombros, salimos a la calle. Parecías pálido y ausente, como de costumbre, e insolentemente impenetrable para lo que te rodeaba aquella mañana, al igual que para lo que te rodea siempre. Como si ir a escalar un monte o a un entrenamiento de baloncesto o al colegio o a una consulta médica o a un centro comercial fuera lo mismo y no pudiera afectarte. (O pudiera hacerlo, sí, pero solo en lo más profundo de ti, sin que la apariencia —las palabras, la expresión de la cara— se arriesgara a hacerlo todo definido, y todo desgastado..., y un instante antes, mientras te veía tomar el café en un balcón de montaña, tal como te lo habrías tomado en tu casa de la ciudad, en Zanzíbar o en un bar de la Atlántida, tuve como una intuición reveladora, y un escalofrío de esperanza: que tal vez no seas, no seáis unos apáticos, es decir, por debajo del mundo, sino unos esnobs, es decir, por encima de él. Esnobs de nuevo cuño, que han hecho de la necesidad virtud. Al fin y al cabo, habéis llegado a

un mundo que ya ha agotado todas las experiencias, digerido todos los alimentos, cantado todas las canciones, leído y escrito todos los libros, librado todas las guerras, hecho todos los viajes, amueblado todas las casas, inventado y luego desmontado todas las ideas..., y pretender, en este mundo usado, oíros exclamar: «¡Qué bonito!», veros avanzar entusiastas siguiendo caminos consumidos por millones de pasos, eso no, no queréis —podéis, debéis— concedérnoslo. Os aferráis con fuerza a lo poco que se puede robar en un mundo ya saqueado. No nos decís «esto me gusta» por temor a que ya nos haya gustado a nosotros. A que os sea robado eso también.)

Al salir, te encendiste un cigarrillo y me dijiste, imitándome: «Ahora toca sudar y estar callado». Yo iba abriendo camino, tú me seguías mudo, escuchando en los auriculares, supongo que a un volumen absurdo, no sé qué jeremiadas de guetos urbanos diversos. Pensé que entre el rap y los alerces no podía haber relación alguna. A menos que uno se imaginara a jovenzuelos negros y macarrillas latinos de Denver, Lyon o Nápoles con su gorra al revés y una lata de cerveza en la mano subiendo en otras vidas o en sueños, o después de haberse esniado un neumático, este bosque o un bosque como este, ellos también sudando y en silencio... No está

escrito en ninguna parte, por lo demás, que las montañas deban ser el eterno monopolio de damas y caballeros con pantalones bombachos y bastón de paseo, como en las infinitas fotografías, viejas y viejísimas, acumuladas en las paredes y en los cajones de casa; tíos, tías, abuelos, antepasados decimonónicos que en su blanco y negro daguerrotípico parecen exentos de la fatiga, retratados en las cuestas mientras saludan elegantísimos en medio de una montaña que es tan solo claridad, belleza y claridad, la disciplinada montaña burguesa que básicamente sigue siendo la misma a la que pretendo conducirte, con la ilusión de que pueda ordenar tus pensamientos y tu discernimiento de forma semejante a la mía, quién sabe por qué...

Soy un burgués de izquierdas. En ninguna parte está escrito que tú también debas convertirte en un burgués de izquierdas. [...]